

Fernando Savater: la subjetividad ética

Quiero comenzar esta breve presentación de Fernando Savater haciendo expreso el gusto que me provoca hablar de un filósofo en el que –de manera poco frecuente en nuestro tiempo– confluyen el intelecto, la pasión y la acción.

Para Savater ha sido tan importante la producción de una obra filosófico-literaria, como la actividad didáctica desarrollada a través de la enseñanza de la filosofía en la universidad española de San Sebastián, y también a través de la constante participación en los medios de comunicación masivos, analizando problemas políticos y morales de actualidad.

Pero además, acción y pasión están presentes en su pensamiento de manera intrínseca. Pues pensar no significa para Savater discurrir fría y objetivamente olvidando el propio querer, por el contrario, implica partir de lo subjetivo, de lo que en verdad importa en la vida del hombre y que no es sino “seguir queriendo”, es decir, experimentarse a sí mismo como un ser creativo y, por tanto, en constante devenir. Filosofar significa para él, como antes significó para Nietzsche, explorar, abrir fisuras en lo que se pretende concluido, y sobre todo, asumir el riesgo de la soledad: el riesgo de pensar desde la propia existencia apasionada sin conseguir nada más, ni nada menos, que crear un estilo, una voz singular que nos comunique de manera más fresca y más libre con los otros. Pensar es, entonces, hacerse a sí mismo.

Y siendo fiel a esta concepción, Savater ha producido una vasta obra que a la fecha consta de más de quince libros y cuyo tema central es precisamente la acción responsable de sí, o sea, la acción ética. Entre sus títulos más sobresalientes podemos nombrar: *Nihilismo y acción*, *Apología del sofista*, *La infancia recuperada*, *La invitación a la ética*, *La tarea del héroe* (Premio nacional de literatura 1982) y *La ética como amor propio*. En todos ellos encontramos un estilo, una voluntad verbal que consiste en la unión de literatura y filosofía. Pues en tanto la filosofía parte de la subjetividad, es inseparable del placer y la belleza, tal y como lo han reconocido Schopenhauer, Kierkegaard, Camus y Cioran –entre otros. A su vez, la literatura no es mera invención, ajena al pensar reflexivo. Ella posee un carácter especulativo que le permite reflexionar sobre lo real.

Y es que en el fondo, literatura y filosofía se unen porque el

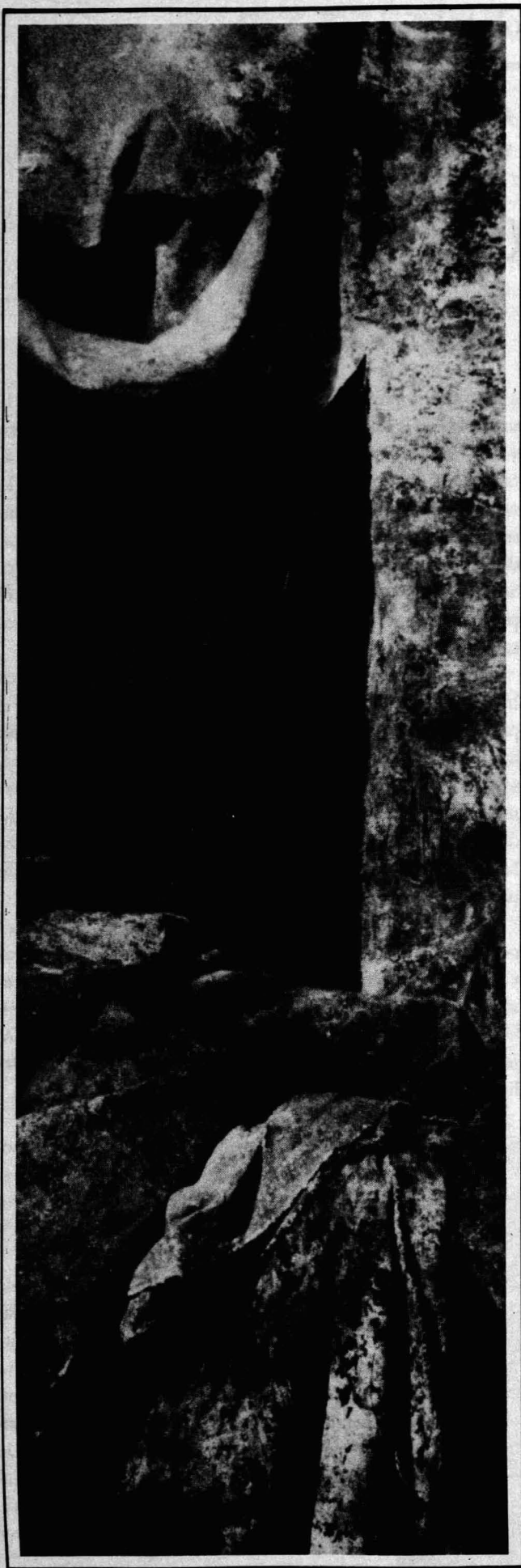
objeto central de la reflexión es el actuar ético: el reino de la preferencia, la imaginación, los valores e ideales, el encuentro y desencuentro con los otros, la virtud, la excelencia y la posible perdición. En síntesis, el filosofar de Savater se aboca a lo cualitativo, lo complejo, ambiguo y contradictorio y, en consecuencia, necesita trascender los límites de la objetividad tradicional que ha sido proclive a lo cuantitativo y unívoco. Su filosofar requiere de la metáfora y la imagen literaria, el poema, el humor, la ironía e incluso de la anécdota y la provocación.

Por otro lado, cabe decir que la obra de Fernando Savater ha tenido ella misma su propio devenir y que éste reside en el paso del predominio de la negación al predominio de la afirmación. En sus primeros libros, el autor de *La tarea del héroe*, se declara –con influencia de Cioran– nihilista, anarquista, desesperado y escéptico frente a todo sentido preestablecido de la existencia, llámese Dios, Razón Absoluta, estructura lingüística, sociedad sin clases, liberación sexual o voluntad de poder.

Así, la filosofía es predominantemente crítica. Su tarea es pensar la subjetividad que se constituye en el desgarramiento y vive lo real como caos, como mal, dolor, soledad, muerte, insatisfacción y sinsentido. Sin embargo, la filosofía puede en verdad conquistar el júbilo y la expansión, pero sólo paradójicamente, es decir, ahondando en la enfermedad mortal del hombre.

En último término –leemos en *Nihilismo y acción*– la filosofía es indiscernible de la enfermedad que quiere curar, más bien diríamos que se trata de un estadio ulterior de dicho mal.

Pero para Savater, la negación no vale por sí misma, sino sólo en tanto cumple una función catártica, liberadora de las malas ilusiones y que al liberarnos, nos permite acceder a una afirmación trágica. Junto con Aristóteles y Nietzsche, Savater ve en la tragedia la tensión que mantiene unidos los opuestos: el sí y el no, el sinsentido del mundo y el posible sentido cambiante e innovador que surge de la creatividad humana. De este modo, la acción de la subjetividad ética se concibe al mismo tiempo como orden y desorden, insatisfacción y felicidad, actividad y receptividad, cultura y naturaleza, soledad y comunidad.



La filosofía tiene, en esta nueva fase, una función propositiva. Sin abandonar la desesperación y la enfermedad, busca abiertamente hacer posible la nobleza y la cordura; el heroísmo y el bienestar. La propuesta reside en una ética immanente cuyo ámbito de posibilidad es la democracia. De manera particular, Savater concentra sus esfuerzos en indagar el fundamento terrenal, autónomo y ateológico de la ley moral. Éste no puede residir ya en la razón pura de Kant que postula un deber abstracto y negador de la individualidad. Por el contrario, es justo del querer egoísta del yo de donde surge la ley. Pues no se trata en modo alguno de la voluntad de un individuo replegado sobre sí, sino más bien de “querer ser reconocido como infinitud creadora en la comunidad humana”. Se trata entonces, de un yo, un egoísmo y una pasión abiertos o expansivos, propiciadores del crecimiento y la humanización, y que sólo encuentran validez en el diálogo interminable que es tarea de la democracia.

Todo lo cual hace que, sin lugar a dudas, la obra de Savater constituya una de las aportaciones más significativas para la ética contemporánea. Además de diversos motivos –que no es posible analizar ahora– es preciso advertir que en ella se disuelve la identificación entre la ley moral y la abnegación o infelicidad del individuo. De tal suerte que la ética está en posibilidad de recobrar su cometido originario, aquel con el que surgió en Grecia y que consiste en hacer del hombre un ser feliz.

Por otra parte, es imposible hablar de la obra de Savater sin aludir a su reflexión sobre lo que está más allá de la ética. Aunque central para el sujeto, ella no lo puede todo, su límite está marcado por la culpa y el juicio moral que parecen cerrarnos las puertas a la inocencia. Más allá de la ética está el misterio del que brota la libertad, el fondo oscuro, secreto e inaccesible de la vida en el que no hay bien y mal, el reino de la animalidad espontánea, carente de temor y propiciadora de lo divino. Es aquí donde Savater se siente cercano a María Zambrano. En ella, reconoce una voz amorosa que nos insta a pensar en lo ilimitado, lo incondicional, el ámbito de lo sagrado, el amor, la piedad, el humor y la muerte.

Y quizá podamos preguntarnos si la inocencia trasciende en verdad a la ética, o si –a la inversa– es justo por razones éticas por lo que el sujeto debe superar el juicio moral y abrirse a la comprensión. Pues como bien señala Hegel, el peor pecado que podemos cometer es la dureza de corazón que nos impide perdonar y sentirnos parte de lo ilimitado.

Sin embargo, creo que conviene dejar los cuestionamientos para otra ocasión. Fernando Savater ha creado una obra estimulante que explícitamente nos invita y anima a buscar la excelencia, una obra que recorriendo su propia búsqueda abre nuevos caminos para la ética contemporánea y resulta, por tanto, acogedora para los “irrevocablemente solitarios”. ♦